

IBEROAMÉRICA

Junto al río Rimac, que lleva entre los cristales de su corriente leyendas y tradiciones antiquísimas, se levanta Lima, la Ciudad de los Reyes, como una expresión acabada de las glorias de España en América. Plaza de las Armas, Portales de Plateros, calle de Matajudíos, plaza de la Inquisición, Alameda de los Descalzos, son nombres todos que encierran la nostalgia del paso firme del soldado español del siglo XVI que cruzaba la geografía de Occidente en la empresa militar de sostener la Cristiandad desfallecida. Sus numerosas iglesias y conventos —expresión de un arte piadoso y conmovido— constituyen el testimonio más rotundo de la obra del Perú en la glorificación de la Cruz a cuya sombra se dió la batalla interior, las duras pruebas y la conquista de la santidad de Santo Toribio, Santa Rosa, del Beato Martín de Porres y de tantos otros.

No son títulos lo que falta a Lima para sentirse orgullosa de su ascendencia. La misma historia de la Cultura en la América española quedaría afectada vitalmente si se suprimiera el lugar que en ella corresponde a la Universidad de San Marcos. No es de extrañar, pues, que en Lima haya surgido un fuerte núcleo intelectual que considera como signo de envejecimiento la aceptación de cualquier novedad que implique la abdicación de la propia fisonomía espiritual. Don José de la Riva-Agüero, Carlos Pareja Paz Soldón, Raúl Porras, Víctor Andrés Belaunde, Guillermo Hoyos Osores y Alberto Wagner de Reyna, entre otros, han puesto la piedra fundacional de un pro-

fundo movimiento de revisión histórica y exaltación de todo lo que hay de noble y permanente en la herencia de la sangre y del espíritu.

Wagner de Reyna, de quien publicamos a continuación el ensayo *Iberoamérica, estudio Filosofía en la Universidad de Friburgo* bajo la dirección de Heidegger, y su tesis doctoral, *La Filosofía existencial* —publicada más tarde en Buenos Aires—, fué aprobada por aclamación en la Universidad Católica del Perú, donde dictó la cátedra de Lógica hasta su ingreso en la carrera diplomática. Perteneciente a una de las naciones americanas con mayor número de aborígenes, el escritor peruano se plantea el problema de la cohesión jerárquica de todos los elementos que constituyen la América Española.

Su tesis tiene un interés particular en estos tiempos en que diversas corrientes tratan de arrastrar por cauces peligrosos a la naciente conciencia de unidad y futuro que comienza a tomar cuerpo en todos los países que España incorporó a la fe de Cristo.

En pocas naciones hispanoamericanas como en el Perú ha arraigado tan hondo la entraña de la civilización a que pertenece. El rastro inca y la cultura española permanecen visibles en admirable continuidad histórica. Pero estos dos elementos, el español y el indígena, no se dan allí como meros hechos biológicos que cumplen su misión con existir; sino que hacen por convivir en una integración superior que redima lo más bajo y ennoblezca lo más alto, logrando dar al conjunto nacional una significación de virtud transformante por encima del apego instintivo a la tierra o a las tradiciones. En el encuentro de estas dos corrientes no deberá haber "yuxtaposición, sino una síntesis verdadera". El elemento indígena aportó con lo telúrico y biológico la disposición a la unidad política, coordinadora de tribus, que, a través de una extendida justicia económica, remataba en la dignidad imperial del Inca.

Pero fué el sentido redentor de la conquista —mejor dicho, la incorporación de aquellas tierras a la Cristiandad— el que preparó la ver-

dadera unión al igualar por la fe y en la legislación a españoles, indios y criollos. El mismo espíritu hidalgo del conquistador formado en la dureza de la Reconquista, trasladó a América intacto el fervor religioso medieval que en la acción identificaba Fe, Nación y Empresa. Así, el sentido cristiano de la vida informó toda la organización social hasta en sus menores detalles. Porque podrán otros pueblos destacarse por su mayor eficiencia técnica o por el desarrollo de su fuerza intelectual, pero allí donde España ha dejado impreso su signo, existan o no fuertes estructuras económicas o medios eficaces de desarrollo cultural, lo que es imposible que falte, porque faltaría España misma, son instituciones y costumbres levantadas sobre bases éticas.

Estos son los cimientos que en Iberoamérica los mejores americanos aman y defienden. La conciencia cada día más clara del origen común y del peligro común ha identificado el pensamiento de muchos hombres separados por extensiones inmensas, pero unidos por lo más profundo y vital. Voces que es necesario que no desoiga España, porque escuchándolas aprenderá también a conocerse a sí misma. Ellas llaman con insistencia a la raza de desmemoriados que hoy con tanta facilidad se reproduce tanto en América como en España; son las voces de los mejores americanos que no quieren ser momias inmóviles con el rostro vuelto hacia un pasado sin vida, ni sumarse al murmullo subversivo del resentimiento, ni al neutro egoísmo que sólo se preocupa de la conservación individual. Ellos ven como pocos que es menester salvar una gran realidad —la realidad hispánica— del peligro del menosprecio universal. Pero para lograrlo será preciso impedir que todo se postergue indefinidamente por un oportunismo débil que compromete el futuro por la tranquilidad de un instante. ¿Acaso no late detrás de las apariencias espectaculares de la realidad presente la oportunidad de nuestra liberación? Y en medio de las intrigas y bajezas que hoy se enuncian con la solemnidad de la justicia y el honor,

¿no es más digno tratar de dominar los acontecimientos antes que dejarse arrastrar por ellos en una vergonzosa resignación?

A pesar del cansancio de la postguerra sigue siendo verdad que la audacia es la puerta de la Historia. Y si a la audacia se añade la Justicia se entra en ella con honor y ejemplaridad. Pero sin riesgo no se consigue ni siquiera ser justo. Para llegar a la cumbre de un gran destino es inevitable transitar por senderos llenos de peligros y tropiezos.

Alberto Wagner de Reyna contribuye en este estudio sugestivo a que el público español se acerque al conocimiento de problemas capitales que habitualmente le llegan deformados a través de versiones tendenciosas.

JUAN CARLOS GOYENECHE.

Nuevo Mundo... ¿Por qué nuevo? Colón lo descubrió y no lo inventó; cuando él vino, aquí estaba —con sus montes y valles, y sus hombres de variada civilización—. Nuevo, pues, en el conocimiento de los europeos, en la noticia de la cultura. Algo fácil es esta interpretación de *Nuevo Mundo*. ¿Por qué Mundo? ¿Acaso no forma una unidad geográfica con el otro —el Viejo— y lo vinculan a él mil lazos comerciales, migratorios y del espíritu, desde que comenzó a ser eso: Nuevo Mundo? ¿O es —a pesar de todo ello— algo para sí, como una esfera propia, aislada por los mares y los tiempos, contrapuesto al Mundo de siempre, antagónico, enemigo? Presuntuosa es esta interpretación de Nuevo *Mundo*.

El sentido de estas dos palabras es otro: América es espiritualmente el mismo Viejo Mundo, pero remozado; es nuevo no porque sea distinto del otro, sino porque en él se continúa, prolonga y florece la ancianidad vigorosa de la misma cultura. Es Mundo por no ser parcela, sino el mismo todo en su nueva forma, arraigada en la de antaño, hija legítima ya adulta, y ahora hermana de su madre.

Ambos Continentes son de la misma sustancia espiritual: América es el *Mundo renovado*. No hay antagonismo posible: hay libertad y fisonomía propia en los mismos rasgos de familia. Como la cultura de Occidente tiene un sentido universal, no restricto, así América y sus formas de vida y muerte carecen de límites, son para la Humanidad.

Una provincia de este Nuevo Mundo es Iberoamérica (1). Ella nació —como las demás— al conjuro de la conquista y

(1) Ibero significa aquí el concepto genérico de español y portugués.

creció al arrullo de la colonización. Nació del choque de dos fuerzas, una de empuje —España y Portugal—, otra de resistencia —los habitantes de las tierras descubiertas—. Antes de este encuentro no existían aún las nacionalidades de Iberoamérica (no había ni Argentina, ni Brasil, ni México, ni Perú); en cambio, sí: uno de los componentes de éstas. Sólo con la integración del elemento indígena al ibérico apareció nuestra América hispana y lusitana. Y con ella, es semilla promisor, las nacionalidades que ahora la forman.

Su base étnica es un mestizaje —de dos razas en algunos países, de cuatro (brújula de sangres) en otros—. Iberoamérica es, pues, racialmente mestiza, y donde aun no lo es, donde hay todavía razas puras frente a la comunidad, la única solución es que lo sea. El blanco, el indio, el negro y el asiático son una excepción en el cuadro étnico de estas regiones. (Indoamérica es una etapa del pasado del Continente —uno de nuestros abuelos por la sangre—, una reminiscencia viva formada por elementos no integrados, una ilusión o un fantasma demagógico.)

Sobre este fundamento étnico —dejando de lado la discusión de los fenómenos económicos y sociales, que si bien son de importancia no pueden ser considerados aquí—, ¿se levantará también una *cultura* (2) *mestiza*?

Encaremos aunque sumariamente el problema: Con el descubrimiento y la Colonia se encontraron frente a frente dos culturas: una era la helénico-cristiana en la fase del Renacimiento; la otra, la aborígen de América. (Bajo este nombre quisiera comprender las más altas características de las principales civilizaciones precolombinas: es, pues, una mera abstracción lógica.) Sería ocioso hacer un paralelo de ellas para concluir estableciendo la enorme superioridad de la helénico-cristiana sobre la aborígen. Quien en su apasionamiento no reconozca este hecho cierra la puerta a todo cambio de ideas sobre el asunto. Para completar este esquema habría que considerar las grandes diferencias que existían entre los diversos pueblos pre-

(2) Entiendo aquí "cultura" en el sentido más amplio de la palabra; sin querer dar una definición: el organismo impersonal constituido por las formas de vida de una comunidad y los productos de su actividad.

colombinos, de suerte que —en rigor— únicamente algunos podrían presentarse como “cultos”.

Históricamente prevaleció lo helénico-cristiano, asimilando valiosos elementos de las civilizaciones aborígenes, y gracias a ello se formó Iberoamérica, sirviendo de elementos aglutinantes —como dice Víctor Andrés Belaunde refiriéndose al Perú— la Religión, el lenguaje y las instituciones ibéricas.

Llegados a nuestra madurez —a nuestra independencia— cabe la discusión sobre cuál es en realidad y cuál debe ser nuestra fisonomía espiritual. Creo que, en tesis general, hay tres respuestas a esta interrogación, entre las que pueden darse mil posibilidades y matices:

a) *La indigenista.* Somos indios, nuestra cultura es la indígena (varia según la religión, pero única en su sentido); el mestizo, en cuanto asimilado al aborígen, es de los nuestros; los demás son extranjeros. Los americanos son los indígenas; los españoles y portugueses nos agredieron injustamente; a comienzos del siglo XIX los expulsamos, pero dejaron su simiente, que también debe ser eliminada. Este es, en sustancia, el punto de vista del indigenismo extremo.

Reconozcamos que la posición enunciada tiene nervio; para enfrentar a la cultura occidental y rechazarla es menester ignorancia —que no se puede suponer *a priori*—, una reciedumbre impresionante. Esto, por lo demás, en los sinceros y bienintencionados.

Peró veamos qué razones existen en contra. Por lo pronto, dos fácticas: el indigenismo no valdría para toda la Iberoamérica, sino exclusivamente para aquellos países en que la cultura precolombina fué avanzada y donde debido a ello —y a la benevolencia de las autoridades coloniales— se conservó, en algo, hasta hoy: Bolivia, México, Perú.

El indigenismo sólo tendría justificación en países de mayoría indígena. En las demás naciones, predominantemente blancas y mestizas —i. e. ni étnica ni nostálgicamente indias— carecería de sentido.

Pasando a la cuestión de fondo, es menester preguntar en primer término si hay en los países en que hicimos referencia una tradición indígena no interrumpida, de modo que la solución dada por ella sea efectivamente histórica. Vale decir: ¿Hay

en la historia boliviana, mejicana o peruana —para nombrar sólo estas naciones, en que el indigenismo se presenta con mayor fuerza— una corriente constante de pura espiritualidad india, independiente o adversa a la occidental? No. Como lo ha mostrado Belaúnde, fué la ciudad de fundación y espíritu hispano la cuna de las nuevas naciones: la ciudad con sus Audiencias o magistrados, Capítulo y Cabildo, sus instituciones legales o su Universidad, fué el centro de la vida colonial, desde donde irradió la civilización europea a los campos vecinos, de los cuales, a su vez, venían los indios a ella. En la ciudad española se dió el nuevo cuño al Nuevo Mundo hispánico, y allí vivían la cultura, las ciencias y las artes.

Esta renovación o instauración fué en buena parte una *asimilación*, pero precisamente es éste un argumento contra un indigenismo que excluya toda comunidad con lo hispánico.

Ha habido, desde luego, concienzudas y documentadas protestas contra los abusos cometidos en agravio de los indios, pero estas protestas no eran "indigenistas": son aspectos de la gloriosa tradición española, cuyos máximos exponentes son Vitoria, Las Casas y, no en último lugar, las Leyes de Indias.

El indigenismo es históricamente —como movimiento consciente y doctrinario— asunto relativamente nuevo y por lo general plataforma de otros fines.

La historia de Hispanoamérica —separada de la Madre Patria por un movimiento claramente occidental— no está bajo el signo de un Emperador cobrizo: está bajo el signo de la Cruz y de las cinco declinaciones latinas.

Si el indigenismo no se justifica por la tradición, ¿tendrá acaso su razón de ser en su propio contenido doctrinal? No creo que en el campo del espíritu sea lícito expulsar una cultura superior por una inferior, y ello voluntaria, programáticamente. El querer, por ejemplo en el caso del Perú, asumir una civilización sin rueda, sin escritura y sin bóveda, de un comunismo despótico (en el cual no faltaba propiedad privada a los nobles y magnates), sin libertad ni siquiera de escoger esposa; el querer servirse como vehículo del pensamiento del 'unasimi' en vez del idioma de Castilla, el abandonar la *civitas* por el 'ayllu' y sustituir a Cristo por el Sol, no puede, en verdad, tomarse en serio. Es cierto que no faltan determinados sectores a los cuales no

afectarían mayormente estos cambios, pero ellos no representarían su país, son los que han quedado fuera de él y que poco a poco se han de integrar en la comunidad nacional.

Imaginemos cuál sería el resultado de una "restauración imperial" de esta naturaleza en Bolivia, México y Perú, al borrar —como de un brochazo— cuatrocientos años de vida y decenas de millones de blancos y mestizos. Como este cuadro —prácticamente imposible— sería el mejor argumento contra el indigenismo, hace éste una propuesta moderada: tomemos los adelantos técnicos de la civilización europea, pero conservemos el espíritu y las formas fundamentales de nuestras viejas tradiciones. Pecado más grave contra la humanidad no podría realizarse: sería proveer de los medios más eficaces y poderosos a una cultura de limitados alcances, despreciar los verdaderamente valiosos de lo helénico-cristiano para aceptar aquello que es subordinado. Si el indigenismo extremo es absurdo, es ésta una solución monstruosa. Repeler los altos valores porque no son autóctonos en beneficio de otros de menor dignidad, pero servirse de las consecuencias y réditos de aquellos que se deja de lado, no es propio del espíritu en su *Realeza* anaxagórica: actitud de 'parvenu' sociológico. Y a la larga, ¿sabrán una cultura manejar convenientemente los recursos materiales que no nacieron en ella, sino de una más avanzada, y que, sin disputa, son espadas de dos filos?

b) La segunda solución sería el mestizaje espiritual. Al cruce de razas corresponde el cruce de ideas. Elementos helénicos, romanos, medievales y renacentistas se conjugan con elementos aztecas, guaraníes, incaicos y mayas. La proporción de cada uno de éstos en las diversas naciones iberoamericanas determinaría su fisonomía. De hecho parece que ha sucedido así; ¿no tenemos en nuestros idiomas —español y portugués— voces indígenas?; nuestras costumbres criollas, ¿no han aceptado tantos usos aborígenes? Como recurso demagógico o interpretación simplista es el mestizaje espiritual sumamente eficaz: al cruce de razas sigue paralelamente el maridaje de las ideas y costumbres.

Lo que se olvida aquí es que a una raza no corresponde siempre —a través de todos los tiempos— la misma cultura, y que el porcentaje de determinada sangre no implica igual con-

tingente de ideas y actitudes que otrora correspondieron a los hombres de esa sangre.

Y así aconteció en Iberoamérica: el organismo objetivo e impersonal que es el "humanismo" de Occidente fué implantado en esas tierras a la fuerza; había, pues, dos razones para que prevaleciera sobre cualquier competidor: la superioridad y la protección oficial. Este organismo actúa sobre las personas a él referidas y las condiciona, directa o indirectamente, tanto en lo social como en lo individual; a esta *acción* formadora sigue una *reacción* por parte de las personas afectadas por ella destinada a modificar la cultura. Gracias a las instituciones coloniales —políticas, sociales, religiosas, pedagógicas y económicas— se realizó esta *actio*, y, repetimos, fundamentalmente en los medios representativos y rectores de las Colonias, medios a los cuales pertenecen desde luego los caciques indígenas (pienso en los colegios para indios nobles). Un símbolo de esta situación es el inca Garcilaso: en lengua hispana y con espíritu católico trató materias indígenas.

La *reacción* del pueblo frente a su cultura se efectúa siempre por medio de ciertos "funcionarios" —en sentido sociológico—: son ellos a la vez portadores egregios del acervo espiritual de la comunidad y personalidades capaces de dominearlo (poetas, sabios, hombres de Estado, etc.). Durante la Colonia estuvieron todos estos "funcionarios" en el ámbito mental ibérico, de suerte que la *reacción* modificadora fué siempre de contextura occidental, trayendo desde luego, debido a la raza y a la tierra, matices aborígenes.

El legado helénico-cristiano prevaleció y transformó a los indígenas (como la manera de ser romana prevaleció en Francia, racialmente germana y gala) y determinó que al mestizaje étnico *no* correspondiera el espiritual.

Sintomático para los partidarios del indigenismo y del mestizaje es el hecho de argumentar en lengua neolatina y con razones oriundas de pensadores europeos. Por lo general, intelectuales de formación ibérica y sentimentalismo indio son los propulsores de estas corrientes; el verdadero indio o mestizo no está en la práctica de acuerdo con ellos: cuando viene a la ciudad se apresura a amoldarse y a trocar sus usos por los occidentales —lo cual no obsta a que, venido al terruño, retorne a

su prístino modo de ser (un fenómeno de insuficiente educación)—.

El indio y el mestizo no tienen una "mentalidad" propia, simplemente porque tal cosa no existe. Lo que sí presentan es una serie de particularidades emocionales y volitivas, incapaces de trabar al intelecto, en sí universalmente válido.

El mestizaje espiritual no obedece, pues, a una imposibilidad insuperable de adaptarse a un nivel superior; es una manifestación de comodidad colectiva; es más fácil asumir la herencia indígena que la helénico-cristiana, y aun más fácil y "original" el hacer una mezcla de los conocimientos y emociones que ya se tienen y presentarla como un nuevo complejo de valores. Es más simple dejar de lado o ignorar lo que se ha asimilado que concluir la labor formativa iniciada en la Colonia.

El mestizaje espiritual parece abrir un panorama de vastos horizontes: ¿qué no resultará cuando nosotros, tan inteligentes indoamericanos, unamos lo bueno traído por los europeos a lo propio de estas tierras?, ¿cuando el mestizaje ahora embrionario llegue a sus últimas consecuencias?, ¿cuando todas nuestras virtualidades se actualicen?

De todos modos nacería una cultura *limitada* a algunas naciones iberoamericanas, sin la validez universal —que supera tiempos y espacios— del helenismo cristiano. La dignidad de una cultura moderna está en razón directa de su conciencia clásica. Los pueblos europeos —Francia, Alemania, las Españas, Inglaterra, Italia— no "mezclaron" lo clásico con lo bárbaro, sino dejaron que aquél informara y delineara a éste; y por ello es la moderna cultura de cada uno de esos países no meramente nacional; son organismos espirituales de valía ecuménica y asumibles por cualquier otra comunidad. Y la Iglesia católica —si prescindimos de lo sobrenatural—, como helenismo cristiano en su más pura actualización, es esencialmente universal e intemporal.

Ejemplo muy ilustrativo es el de Alemania: el mayor de los alemanes fué también el más griego de ellos, Goethe. Cuando en beneficio de lo germánico se ensayó un "indigenismo teutón" o un mestizaje, la cultura de ese país sufrió una fortísima conmoción y limitó su significado a los ámbitos propios de Alemania.

En el caso latinoamericano, cuanto más nos apartemos de lo helénico-ibero-cristiano tanto menos universal será nuestra cultura, tanto menor será su dignidad y nobleza.

c) La tercera solución (3) consiste en ignorar el elemento indígena en las manifestaciones superiores de la vida. Nuestro modo de ser y la civilización a que pertenecemos son europeos y tal deben quedar.

Son múltiples los matices de esta actitud: desde la inconsciente aceptación de ella por comodidad o ignorancia de los problemas americanos, hasta la meditada repugnancia por lo aborigen: el caso de los "españoles con cuatrocientos años de residencia en Indias", el de los "iberoamericanos nuevos" aun no debidamente en casa en estas tierras y el de muchos extraños. Iberoamérica es considerada por estos elementos como una colonia espiritual de Europa o de los Estados Unidos, destinada a vivir de las ideas que quieran "servirnos" esas metrópolis. Es curioso que a esta opinión extranjerizante vaya anejo un indigenismo extremo; el cuadro sería el siguiente: de un lado los venidos de fuera con sus modestos secuaces, criollos y mestizos, más o menos civilizados; del otro, los mestizos, indios y negros, de costumbres aborígenes o africanas. Para los unos todo es "importado", desde el caviar hasta los chistes políticos; para los otros existe un "stock" de "interesantes" aspectos folklóricos que llenan (con algunas radios y latas de conserva) la vida de esa gente. Entre ambas regiones se mueve un criollismo de astucia, fraude y contrabando de ideas y licores. Esta "concepción" de Iberoamérica no merece comentario.

Otra actitud —muy comprensible en países de escaso contingente indígena o sin una civilización aborígen de importancia— consiste en creer que toda Iberoamérica se compone fundamentalmente de blancos (o cuasi-blancos), y que la cultura natural de ésta es la de Occidente, más o menos transformada —siempre con criterio europeo— en nuestras tierras.

Pero no es así: históricamente los dos focos principales de cultura, administración y catequesis del Nuevo Mundo hispánico fueron los virreinos de Nueva España y del Perú, asiento

(3) No consideramos aquí la interpretación de un afro-negrismo cultural, que a todas luces es una aberración en Iberoamérica.

de dos naciones precolombinas de gran prestancia y dignidad imperial. Allí, en los trescientos años de Monarquía, aceptó el espíritu español modalidades americanas, y en construcciones arquitectónicas —templos, conventos y palacios—, cuadros y esculturas, obras literarias y científicas, músicas y bailes, dió muestra de la capacidad criolla de vivir una espiritualidad occidental emocionalmente americana. Durante estos trescientos años se realizó conscientemente un mestizaje racial y una floración de hispanidad indias.

En el Brasil colonial aconteció un fenómeno paralelo, ya sea a través de los colegios e instituciones portuguesas, ya sea gracias a ese singular movimiento de los "bandeirantes", mestizos en su mayor parte, de temple luso y abiertos a lo vernáculo. Durante el Imperio, el romanticismo indígena, las características de la política y hasta los títulos nobiliarios muestran lo típicamente sudamericano de la época bragantina.

En las antiguas colonias españolas, las guerras de emancipación y las primeras décadas republicanas están también bajo el signo del criollismo, criollismo —es cierto— algo decadente en su turbulencia casi general acompañada de un apartamiento de la tradición ibera en beneficio de otras influencias europeas, no bien digeridas y a menudo exageradas. Todas las manifestaciones políticas y literarias de buena parte del siglo pasado son —a pesar de su tendencia extranjérezante— indiscutiblemente americanas, y así lo entendieron, mejor que nosotros, los mismos europeos.

Si en los últimos años del siglo pasado mudó esta situación en muchos aspectos, no por eso se ha llegado a una *identificación* con la manera de ser del Viejo Mundo; por el contrario: nuestra personalidad se ha afirmado y definido.

Esto en cuanto a los hechos del pasado. En la actualidad existen países iberoamericanos en que la gravitación de la historia, la tierra y la raza es tan pronunciada que *de facto* tiene su espiritualidad occidental matices propios de América. En otros no pesan dichos momentos con tal fuerza, de suerte que se da en ellos un modo de ser muy semejante al extracontinental, semejanza que con el tiempo puede llevar a la igualdad. Hay, pues, en Iberoamérica una fuerza centrífuga que tiende a dividir esta entidad en dos partes: una que tome en cuenta como factor esen-

cial lo indígena —raza, tierra e historia—, otra que lo considere episódico.

A éste se añaden otros dos principios de separación: 1.º, la diversidad de idioma (y otros elementos materiales y psicológicos) entre la América hispana y la lusa; 2.º, las características peculiares de cada uno de los países de nuestro ámbito.

Frente a esta triple fuerza centrífuga en Iberoamérica actúan varios factores de cohesión: la unidad de cultura (somos hijos de las Españas) y religión, la semejanza de nuestro desenvolvimiento histórico, la similitud en los problemas actuales y futuros, la conciencia de nuestra unidad, la tierra y el cielo, la tarea común de construir una estructura espiritual propia que justifique nuestra independencia moral, como las instituciones políticas y jurídicas consolidan la libertad física.

Creo que es ésta, en rasgos generales, la dialéctica de Iberoamérica. El decidirse por una solución como la apuntada —que ignora lo indígena— es destruir y no despejar el problema; es —a mi ver— una actitud precipitada, que pone en peligro la entidad iberoamericana, e implica dejar que cada cual —cada país— vaya por el camino que le convenga y abandone el lazo histórico —hecho innegable que se impone hasta a la intuición del viajero— que lo une a sus hermanos. (Porque si no lo fuésemos, ¿a qué se debe el consenso universal y la emoción de esta fraternidad?)

Perteneciendo a una misma familia cultural (a una rama del helenismo cristiano sembrada en tierra de bárbaros: las Españas) sólo conjuntamente y en esforzada colaboración podremos llevar al cabo el empeño (que es mandato de los muertos y obligación frente a los "nasciturus") de realizar una cultura propia, comparable en sentido, pujanza y elevación a las grandes pasadas y presentes. Y en esta gran obra significa lo indígena el nuevo soplo de viento en las velas, eso que fué lo germánico para las grandes civilizaciones europeas modernas.

* * *

Hay aún dos opiniones más sobre Iberoamérica que deben ser consideradas: la una ve —sin preocuparse por orígenes y móviles— una civilización nueva en algunos países de Sudamérica, forjada por los habitantes de ellos, sin mayor nexo con las

demás. No es ésta sino la expresión de la superficial fatuidad del hombre de la calle que, al desconocer los fundamentos, eleva a la categoría de absoluto lo que es mera consecuencia. La otra quiere que Iberoamérica —o por lo menos ciertas naciones— sea hija espiritual de Francia y pupila política de Inglaterra. Aparte de ser lo francés e inglés en estas regiones únicamente el barniz de las clases elevadas y del periodismo, habría que recordar que lo no-ibérico lo tenemos precisamente a través de lo ibérico. Sólo porque pertenecemos a cultura hispánica o portuguesa somos capaces —y estamos inclinados a ello— de apropiarnos de las otras ideas occidentales, tan valiosas y tan necesarias para nuestra formación integral. Sólo porque sus Majestades Católicas y Fidelísimas nos dieron el instrumento lingüístico y la base intelectual, ha llegado a estas tierras también *lo otro*. Si tenemos algo del espíritu francés, inglés, alemán o italiano, se lo debemos a España y Portugal, que aceptaron lo extranjero, lo hicieron suyo y nos lo transmitieron.

Llegamos, pues, a la conclusión de que nuestro modo de ser y vivir es occidental, ibérico, con innegables modalidades indígenas, que varían según los diversos países del Continente. Pero, ¿cómo ha de entenderse este occidentalismo ibérico con matices indígenas? Hemos rechazado el mestizaje por monstruoso: no se puede unir en pie de igualdad lo que no está a la misma altura: eso sería degradación e injusticia. Hay que señalar a cada componente la función que en vista de su naturaleza le corresponde en el todo. Solamente así será lícito, orgánico y único.

Dijimos que lo helénico-cristiano había asimilado lo aborigen, había hecho entrar materiales de construcción indios en su estructura. Dicho de otro modo: lo indígena es la *materia*; lo iberocatólico, la *forma* de nuestro occidentalismo criollo (aquí la palabra tomada sin la ingenua intención despectiva). Lo esencial en un modo de vida —como en todo— es la *forma*; ella organiza el conjunto, asigna a las partes su lugar, imprime jerarquía y carácter. La *materia* es el elemento pasivo, que da matiz y consistencia, individualiza y sirve de soporte a la forma. De esta suerte la dignidad del helenismo cristiano queda incólume, permanece en su esencia la misma, pero mil accidentes inéditos la confieren una nueva individualidad.

Lo occidental es aquí lo consciente y determinante; el material en que encarna, la espontaneidad vital, la emoción, lo telúrico. Por ello, las manifestaciones más formales de la cultura, aquellas en que el intelecto asume una función rectora son en Iberoamérica semejantes —de igual sentido e intención— a las de los demás ámbitos clásico-cristianos (que en las abstracciones se hermanan al paso que en lo concreto se diferencian).

La cultura iberoamericana es —en cuanto a su pasado y en su significación actual y futura— fundamentalmente occidental, tan occidental como la romana, la francesa o la alemana; pertenece a la rama española (en su más amplio sentido), con la peculiaridad que en ello es menos acéntuada la diferencia entre lo hispano y lo luso; tiene *materialmente* modalidades indígenas (debidas a la historia, raza y paisaje) que la individualizan. Ella está en pie de igualdad con las demás; es con la norteamericana la más nueva de ellas, y la más pobre en realizaciones; pertenece a la cuarta generación de una línea (esquemática) en que la griega es la primera, la romana la segunda y la hispano-portuguesa la tercera. Dentro de ella hay diversos sectores, no independientes, pero sí peculiares y que no están necesariamente determinados por las fronteras políticas de los países.

Históricamente hemos sido colocados en una situación ventajosa: la de pertenecer al mundo occidental, con un modo propio de ser y con la posibilidad de desarrollar las virtualidades en él contenidas. Si el hombre de niño necesita instrucción y ha de depender del progenitor, cuando llega a la mayoría de edad vive libremente y realiza aquello que por naturaleza y educación es capaz de hacer. Lo mismo aconteció con nuestra cultura: al comienzo, llevada de la mano, fué a la zaga por los caminos abiertos por sus mayores; después, en vuelo libre, sale a buscar su propio destino.

Nuestro occidentalismo no es en modo alguno la condena a devorar los relieves del banquete europeo, a ser siempre imitadores y divulgadores. No; nuestro destino es elaborar a base de la añeja y recia tradición ibérica —que nos pertenece tanto como a España y Portugal— una concepción del mundo y un tenor de vida dignos de sus fundamentos y a la vez nuevos, gracias a nuestra especial situación histórica, geográfica y étnica.

Esta libertad e independencia frente a las demás culturas no implica ignorarlas; al contrario, el conocerlas es indispensable a nuestra pretensión ecuménica, a nuestra validez universal e intemporal. Sólo por el contacto con ellas nos libraremos del encastillamiento funesto y de la autolimitación por falta de fronteras externas. Iberoamérica debe conocer y realizar —en toda su profundidad— lo hispano-luso-católico, y en ello lo clásico romano y griego, teniendo siempre presente —como estímulo y ejemplo— los otros ámbitos espirituales de Occidente. A estos elementos reflexivos se añade la emoción por lo indígena y sus valores vitales, en la conciencia de la creación de una cultura original y de abolengo, a la vez vieja y nueva, de Europa y América, nuestra y del mundo.

Una Iberoamérica consciente de su significación, pasado y porvenir, establece también el equilibrio moral en el continente americano. A la órbita anglosajona —con las islas francesas (4)— corresponde, con cordial simpatía, debida a razones geográficas, políticas y económicas, y fraterna emulación (que sólo donde ésta existe puede haber progreso y grandeza) la órbita iberoindiana. Una uniformidad en tan amplio espacio como es el Nuevo Mundo sería imposible y perjudicial: lo primero por razones de religión, lengua, raza, manera de ser y geografía; lo segundo porque los caracteres propios, las personalidades —individuales o colectivas— y su contraste son necesarios para la supervivencia y desenvolvimiento del espíritu. De otro lado, el colocar frente a la pujante vocación de cultura propia y auténtica de Norteamérica dos decenas de núcleos autónomos (unos muy débiles, otros seguros de su valer y vigor) es exponer al continente a uno de estos dos extremos: o la muy lógica asimilación de dichos grupos por la actitud anglosajona, con lo cual perdería el mundo el gran don de una cultura más y América caería en la uniformidad, o en caso que tanto el Norte como el Sur se empeñasen en la conservación de aquéllos, no representarían un adecuado colaborador e interlocutor en el diálogo espiritual de América.

(4) La simpática República de Haití, de cultura francesa, raza negra y emoción americana, puede en algunos aspectos incluirse en Iberoamérica; por otros pertenece al Norte, y en muchos es interesante excepción en el cuadro del continente.

La conciencia de la unidad intelectual y emocional de Iberoamérica es, pues, uno de los grandes aportes a la vertebración del continente, en su equilibrio necesario y la dualidad indispensable para una síntesis armoniosa. A la *fisonomía propia* de ambos grupos —el meridional y el septentrional— sigue (como un imperativo de justicia) el *recíproco conocimiento*. Ha pasado la época de ignorarse entre buenos vecinos y de atribuirse todo aquello que pueda ser defectuoso o malvado. Nosotros no somos una cáfila de mulatos perezosos y sensuales, ni ellos una banda de aventureros inescrupulosos en su sed de dinero. Hay de cada lado valores que ni sospechan los que creían así y que una vez aquilatados producen el *mutuo respeto*, al que sólo puede seguir la *franca simpatía*.

Son así cuatro los lazos —no determinados por contingencias momentáneas— que por encima de lo económico y político nos unen (o en algunos casos nos deberían unir) con nuestros vecinos del Norte: la tenencia de una fisonomía vital propia, en unó y otro lado, el mutuo conocimiento, la recíproca consideración y la correspondida amistad.

Iberoamérica, momento cultural nacido de la *tensión* entre el Occidente y lo aborígen, colocado en una *dialéctica* de fuerzas: centrifugas y centripetas, y que ha de justificarse en el *diálogo* continental de América, sólo podrá cumplir con la responsabilidad de su situación si, consciente de su sentido helénico-cristiano, se afirma como espiritualidad ecuménica y a la vez real y vivida por un conjunto de pueblos.

ALBERTO WAGNER DE REYNA.

CRONICAS

